

Mártires Oblatos

Boletín informativo de la Causa de Canonización. Número 25

Dirección: JMV, Misioneros Oblatos de María Inmaculada - Vía Aurelia 290 - 00165 Roma - Telf. (+39) . 06 398771
Expedición: Casa Martirial - Avenida Juan Pablo II, 45 - 28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid) Telf. (+34) 91 3523416

Nuestros Mártires, icono posible para el Trienio Oblato

El año 2016 los Misioneros Oblatos de María Inmaculada celebraremos, Dios mediante, el bicentenario de la fundación de nuestra Congregación: 1816-2016. Estamos viviendo un **TRIENIO** de preparación, en sintonía con la propuesta del Capítulo general de 2010: la conversión.

Un corazón nuevo fue el lema de 2014, primer año del Trienio. Nos centramos en la vida comunitaria: “*Todos unidos por los lazos de la más íntima caridad, bajo la dirección de los superiores, formen un solo corazón y un alma sola*”. Esta frase, según san Eugenio de Mazenod, « es el resumen admirable de toda nuestra Regla de vida ». Exigencia de la Vida Consagrada para esa primera etapa, el voto de castidad.

Este año, 2015, nos centramos en la formación, un proceso que debe extenderse a lo largo de toda nuestra vida. San Eugenio nos insta a “marricularnos” en la escuela del único Maestro: “*Nuestro Señor Jesucristo escogió a algunos apóstoles y discípulos que él mismo formó en la piedad y los llenó de su Espíritu*”. De ahí el lema de este año: **Un Espíritu Nuevo**”, incidiendo en la vivencia del voto de pobreza.

Ejemplo de los Mártires

Nos podemos preguntar: ¿cómo vivieron nuestro Mártires estos aspectos tan esenciales del carisma oblato? No es presunción afirmar que los vivieron en grado heroico. El sentido de comunidad: “*un solo corazón y un alma sola*”, resalta, por ejemplo, en el hecho que, ante los nubarrones de la tempestad que presagiaban una persecución cruenta, no huyeron en diáspora, sino que permanecieron unidos, en comunidad, bajo el

mismo techo. Y cuando ya era inminente el peligro y hubiera sido prudente salir de Madrid, no lo hicieron, esperando al *animador* de la comunidad, el Padre Superior, que estaba en Las Arenas dando los ejercicios espirituales a los novicios, que se preparaban para pronunciar sus primeros votos. Estaba previsto que viajaran con el predicador hacia el Escolasticado de Pozuelo. Por un imprevisto, tuvieron que esperar unos días y esto les salvó la vida. Así pues el P. Blanco hizo el viaje solo, en un tren procedente de Bilbao, el último que pudo entrar en la Capital. A partir de ese momento los trenes ya no podían entrar ni salir de Madrid.

Nuestros Mártires, tras ser expulsados de Pozuelo y acogidos, algunos, en la casa provincial, se decían: *Esperamos que no nos separen;*

juntos nos ayudamos unos a otros a permanecer fieles. Desalojados también de esa casa, pasan a la clandestinidad y los Superiores se desviven por mantenerlos unidos, ayudándolos en lo material y en lo espiritual, a riesgo de jugarse la vida. Esta unión se acrecienta aún más cuando se vuelven a encontrar en la cárcel. ¡Un solo corazón!

Un Espíritu Nuevo: Se estaban formando para ser misioneros y era ese Espíritu, el Espíritu de Cristo Salvador, quien los iba formando para la misión, con una austeridad de vida realmente edificante. Esa pobreza y carencia de lo más indispensable se agravará en la clandestinidad y aún más en la cárcel.

Los Mártires de Madrid bien podrían ser considerados como un icono para toda la familia oblata a lo largo del Trienio de Conversión. JMV



2º Año

Un Espíritu Nuevo

La formación: un proceso de por vida
Vida consagrada: la pobreza

Ntro. Sr. Jesucristo escogió a algunos discípulos, los formó en la piedad y los llenó de su Espíritu
S. Eugenio de Mazenod

Por el P. Delfín Monje Cuevas, o.m.i.

Para dar a conocer de primera mano los pormenores del martirio, proseguimos publicando "por entregas", el relato y vivencia escritos por el P. Delfín Monje, que sufrió el "Calvario" con los Mártires, pero sobrevivió a la matanza.

6ª ENTREGA: San Antón: trece Mártires más

¡Qué triste se iniciaba aquel trágico mes de noviembre! Los internacionales nos comieron el rancho utilizando los platos y las cucharas de los presos. Cuando más tarde nos sirvieron las sobras, tuvimos que arreglarnos como pudimos. A quien no le faltaba el plato le faltaba la cuchara, y a algunos, la cuchara y el plato.

Creo que aún los más valientes palidieron cuando aquellos internacionales, vestidos de kaki, con boina del mismo color, tiraron escalera arriba en dirección a nuestras celdas. No pasó nada. Subían a curiosear.

Algunos, los más osados, se asomaron a la mirilla de las celdas y se contentaron con lucir todo el español que sabían: "Franco..., Mola...", y, con gesto expresivo, se levaban el índice a la garganta haciendo ademán de segarla. Se fueron y nos tranquilizamos. Poco después nos echaban al patio. A los pocos minutos se presentaron tres trimotores de bombardeo nacionales que, en un abrir y cerrar de ojos, soltaron varias bombas a escasa distancia de la cárcel. Se armó un barullo imponente. Todos corríamos alocados de un lado para otro temerosos de que la metralla nos alcanzase.

Pasó el susto y he de decir que la aparición de aquellos tricolores compensó abundantemente nuestro abatimiento por la visita de los internacionales. Los cuales todavía volvieron aquella noche a perturbar con el ruido de sus gruesos zapatos la calma de nuestro sueño. Venían a cenar, pero parece que no quisieron hacer honor a nuestras lentejas y se marcharon, no sin antes haber "controlado" los mejores termos y las mejores mantas que para los presos habían llegado aquel día.

Amaneció el día 2. Por la noche habíamos oído fuego nutrido de fusil bastante próximo. Comenzaba la lucha en la Casa de Campo y a las ocho de la mañana entraban los primeros heridos internacionales en el hospital de urgencia que los rojos habían instalado dentro de la cárcel. Otros internacionales quedaban tendidos junto al Manzanares, alcanzados por los proyectiles fascistas.

Desde ese día la aviación nacional no cesó de evolucionar sobre el suelo madrileño. Más que bombardear pretendía, sin duda, amedrentar a los rojos haciendo alarde de poderío. Ya era tarde. Estos, apoyados por los internacionales, se aprestaban a la resistencia. Madrid, desde entonces, sigue siendo frente de combate.

Las visitas de la aviación trajeron como consecuencia la supresión de las visitas a los presos. Sin duda para que no presenciásemos el triunfo de nuestros aparatos sobre los rojos, nos tuvieron "chapados" varios días. En la jerga carcelaria "chapar" significa cerrar con llave las puertas de a celda



Uno de aquellos días los nacionales se acercaron a la Ciudad Universitaria. Desde nuestro encierro oímos el combate que duró desde la siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Ruido ensordecedor de cañón, morteros, ametralladoras y fusiles.

Aquel nuevo avance de los nuestros debía repercutir trágicamente en la cárcel. A cualquier hora del día y, sobre todo, al oscurecer, desaparecían presos y más presos, de los que nadie volvía a saber nada. A altas horas de la noche detrás de las tapias de la cárcel, se oían frecuentes descargas. Eran

compañeros nuestros a quienes había llegado la hora del sacrificio.

A cualquier hora de la noche se encendían las luces de nuestras celdas: oíamos fuertes pisadas de milicianos; rechinaba el cerrojo de una celda y de otra y de otra; y poco después... la descarga cerrada que helaba nuestras venas de espanto.

A partir del día 6 las horas de la tarde eran una continua agonía. Allá abajo, junto a la puerta de entrada a la galería, se oía el grito de alarma que paralizaba el corazón.

¡¡Oído!!! Ninguna palabra ha martirizado tanto el alma de los pobres presos como este vocablo fatídico de "oído". Era el toque de atención. Pegados a la mirilla de la celda escuchábamos nerviosos. ¿Sonaría el número de nuestra celda? ¿Se oiría nuestro nombre?

Los nombrados bajaban la gran escalera de hierro con el espanto de la muerte en el rostro: sabían de sobra lo que les aguardaba.

El día 6, o tal vez el 7, desapareció de la cárcel el Padre Vega. Alguien de su galería nos dijo que había salido en libertad, mas todos sabíamos lo que aquella fórmula significaba.

El domingo, día 8, muy de mañana, advertimos mucho ir y venir de milicianos en la galería. Algo grave se está tramando. Se encendieron las luces y de pronto sonó la palabra odiosa, "¡Oído!". Comenzó la lista. Era aterrador. Creímos que se vaciaban las celdas. ¿Cuántos desfilaban escaleras abajo? Si digo doscientos quizá me quedo corto. Hasta las ocho estuvimos entre la vida y la muerte aguardando que en aquella trágica lotería sonara nuestro nombre.

En la gran redada de aquel día cayó uno de los nuestros, el Hermano Serviliano Riaño, joven de unos 19 años, que había terminado el primer año de Teología en Pozuelo. Oímos su nombre y le vimos bajar del último piso donde estaba su celda. El pobre muchacho se acercó a la celda del Padre Martín y aplicando sus labios a la mirilla le dijo sollozando:

- Padre, deme la absolución, que me llevan.

Y bajó las escaleras y traspuso para siempre, con los compañeros de su martirio, los umbrales de la cárcel.

Esto pasaba en nuestra galería. De otras supimos que quedaron casi totalmente vacías.

¿Cuál fue la suerte de aquellos deportados? Se ignora.

Se dijo más tarde que junto a Torrejón de Ardoz habían aparecido insepultos miles de cadáveres, y que el alcalde de dicha localidad había obligado a los vecinos a abrir grandes zanjas para enterrarlos.

Trancurrió otra semana con listas y sobresaltos...

Y llegó el domingo, día 15. Sonaron muy de mañana las voces agrias de los milicianos, se encendieron las luces y resonó en el espacio la consigna ¡Oído!

Esta vez todos presagiábamos algo muy gordo por cuanto oímos la siguiente orden:

- Ábranse las puertas de todas las celdas y vayan bajando según se los nombre. Quedaron muy pocos en la Modelo, y éstos fueron evacuados al día siguiente.

¿A qué obedecía aquel precipitado traslado? Sin duda a que los rojos temían de un momento para otro que las tropas de Franco, con un pie ya en la Ciudad Universitaria, dieran un empujón y se apoderasen de la cárcel con los presos y sus guardianes. Decidieron, pues, trasladarnos a lugares más seguros.

Nos distribuyeron por las distintas cárceles de Madrid: Ventas, San Antón, Porlier. La casi totalidad de los Oblatos nos encontramos la mañana del 15 en San Antón.

Aquí no imperaba el régimen de celdas. Distribuidos por salas teníamos libertad absoluta para circular por todo el edificio y hablar con quien quisiéramos. Era una vida más llevadera.

Pronto se corrió el rumor de próximas expediciones fuera de la capital. Algunos acogieron esta noticia sin preocuparse por seguir creyendo que Madrid estaba cercado y no había resquicio por donde nos pudieran sacar.

El día 25 se constituyeron en San Antón unos cuantos tribunales de los llamados “populares”. En realidad eran checas clandestinas que iban a deshacerse de otros varios centenares de detenidos. Fuimos compareciendo todos ante aquellos jueces improvisados. El interrogatorio no pasaba de diez minutos, por lo general, y las preguntas eran, poco más o menos las mismas.

Referiré mi caso.

- ¿Qué piensa usted del movimiento militar?

- No entiendo de leyes, pero creo que es un movimiento de fuerza que se ha producido, como tantos otros, a lo largo de la historia.

- ¿Está usted dispuesto a firmar un documento donde en los términos más duros condene el movimiento militar-religioso?

- Eso de militar-religioso no lo comprendo muy bien.

- Pues está claro: este movimiento está dirigido por los militares y el clero.

- Que yo sepa el clero no ha tomado las armas, ya que le está vedado por las leyes de la Iglesia.

- Nosotros le decimos a usted que muchos curas y frailes han cogido el fusil y bien vienen arreando tiros por la Sierra.

- Confieso que lo ignoraba.

- Bueno ¿y qué piensa usted de esos curas?

- Si es cierto que esos curas han tomado las armas, creo que su misión no es precisamente ésa, sino otra muy distinta.

- ¿Estaría usted dispuesto a tomar las armas contra los enemigos del Gobierno?

- Acaban ustedes mismos de reprobar la conducta de los curas que han empuñado el fusil, y yo, que comencé confesando mi condición de sacerdote, no voy a caer en la misma falta.

- Pero el caso es distinto: ellos luchan contra el Gobierno legítimo; nosotros defendemos al verdadero Gobierno del pueblo.

- Como sacerdote no puedo tomar las armas y derramar sangre humana: me lo impiden los cánones de la Iglesia. Además, luchar de un lado o de otro siempre sería intervenir en política, cosa que le está vedado al clero.

- ¿No le parece a usted indignante que el clero haya corrompido la doctrina de Jesucristo, el primer socialista del mundo, y se haya echado en brazos del capitalismo?

- Si ha habido sacerdotes que han favorecido al rico contra los derechos del pobre, allá ellos con su responsabilidad. Yo no los conozco, y aquí sólo respondo de mis actos.

Con esto se terminó el diálogo y me mandaron retirarme.

A los seglares les hacían indefectiblemente esta pregunta:

- ¿Es usted católico?

Y en honor de la verdad he de decir que todos, sin vacilar, confesaron valientemente su fe.

Claro está que algunos, poco duchos en dialéctica y bastante incultos en religión, “patinaron” lastimosamente cuando aquellos inquisidores laicos les objetaban:

- Si usted es católico, es también fascista: porque ser católico y ser fascista es todo uno.

No todos supieron desbaratar aquel sofisma con la respuesta adecuada.

A un joven le preguntaron:

- ¿Es usted católico?

- Sí, señor.

- ¿Es usted apostólico y romano?

- No sé qué es eso.

Entonces uno del tribunal con mucho empaque le dijo:

- Pues yo que soy un albañil, voy a enseñarle a usted lo que ignora. Es apostólico y romano el que obedece al Papa de Roma. ¿Obedece usted al Papa de Roma?

- Sí, señor.

De modo que si el Papa le manda a usted tomar las armas contra la República ¿le obedecería?

- Sí, señor. Nosotros obedecemos al Papa en todo.

Cuando más tarde este joven nos refería su interrogatorio, le hicimos ver los inconvenientes de la ignorancia religiosa. Si hubiese sabido que al Papa se le obedece en materias de fe y buenas costumbres, no hubiese mezclado lo humano con lo divino, ni la política con la Religión.

Aunque para el caso lo mismo daba. La suerte de los presos estaba echada de antemano, independientemente de sus declaraciones, como se vio enseguida.

A un joven de los Hermanos de San Juan de Dios le preguntó el tribunal:

- ¿Quién quieres que gane la guerra, Franco o nosotros?

El chico, con la mayor candidez del mundo respondió:

- Ya que tan bien la lleva Franco, que la gane Franco. Los del tribunal se rieron y pusieron al chico en libertad.

El 27 de noviembre a las 6 de la tarde comenzó a vocearse la primera lista de expedicionarios. Comprendía unos ochenta presos. El penúltimo de la lista era el que esto

suscribe. Dos puestos antes venía el Hermano Juan José Cincunegui.

Por lo visto, había llegado nuestra hora.

Salimos de San Antón a las ocho y media de la noche. Antes de arrancar los coches se nos acercó un oficial de prisiones y al oído nos dijo que estuviésemos tranquilos, que íbamos con todas las garantías a Alcalá de Henares. Algo nos tranquilizó aquella confidencia; pero aún nos quedaba en el cuerpo enorme cantidad de miedo. La hora de la salida era sospechosa, y en eso de garantías ya sabíamos a qué atenernos.

Nos despedimos de los demás compañeros con la emoción que es de suponer. Recuerdo que el P. Blanco me dijo al marchar:

- Yo creo que va usted en libertad, en cuyo caso ya sabe a dónde dirigirse; escribanos enseguida.

Fueron las últimas palabras que en este mundo le oí a aquel hombre que, mientras estuvo en la cárcel, se mostró siempre animoso y optimista. ¡Cuán lejos estaba él de sospechar que aquella noche sería la última de su vida!

Partimos nosotros camino de Alcalá.

Según nos alejábamos de Madrid nos parecía que huíamos del sitio de nuestra pronta liberación para prolongar, Dios sabe dónde y cuánto, nuestro cautiverio...

Nuestra última esperanza era que la expedición pudiera caer en manos de los nacionales, y al amparo de la pálida luz de la luna echábamos miradas de ansiedad sobre aquellos campos que atravesábamos, donde tal vez podríamos topar con alguna patrulla de los nuestros. ¡Si seríamos inocentes!

Cada vez que paraban los coches en el camino nos parecía que el momento de la tragedia había llegado.

Junto a Torrejón de Ardoz tropezamos con un escuadrón de caballería roja que estaba de vigilancia en la carretera.

Por fin quiso Dios que llegáramos felizmente a la cárcel de Alcalá a las nueve y media de la noche.

Nos sirvieron de cena un trozo de chorizo con un pedazo de pan, nos subieron a las celdas, nos dieron un jergón y arropados en las mantas que levábamos nos echamos a dormir más tranquilos, sin duda, que los que quedaban en

San Antón. Nosotros, al menos, estábamos en puerto seguro: ellos, en cambio, estaban pendientes de nuevas expediciones, las cuales, ¡ay! no tendrían todas el mismo final que la nuestra.

Así, al día siguiente, 28, por la mañana, se organizaron de nuevo las "sacas": la primera a las 8, la segunda a las 10. En esta última iba el insigne comediógrafo D. Pedro Muñoz Seca.

En la primera figuraban trece Oblatos:

Los Padres:

*Francisco Esteban Lacal,
Vicente Blanco Guadilla y
Gregorio Escobar García*

Los Hermanos Escolásticos:

*Justo Gil Pardo, diácono,
Juan José Caballero Rodríguez, subdiácono,
Publio Rodríguez Moslares,
José Guerra Andrés,
Daniel Gómez Lucas,
Clemente Rodríguez Tejerina, y
Justo Fernández González*

Los Hermanos Coadjutores:

*Angel Bocos Hernando, y
Eleuterio Prado Villarroel.*

En la segunda iba el Hermano portero:

Marcelino Sánchez Fernández.

También se dijo que aquellas dos expediciones iban para Alcalá, pero nosotros, que allí habíamos llegado la víspera, no las vimos nunca.

Cuando en Alcalá preguntamos al Cónsul de Noruega por su suerte, nos dijo que las previsiones no podían ser más pesimistas. Hay quienes aún hoy esperan ver algún día vivos, si no a todos, cuando menos a algunos de aquellos expedicionarios. Quienes hemos pasado por aquellos trances tenemos la convicción de que todos fueron a engrosar el número de los siete caídos en Pozuelo y de los dos desaparecidos de la Modelo. **(continuará)**

Como arcilla en manos del alfarero



« Dios mío, yo me abandono en tus manos. Modela y remodela este barro, como arcilla en manos del alfarero. Dale una forma, y después, si quieres, deshazla, como deshiciste la vida de mi hermano John. Píde, ordena. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que no haga? Ensalzado o humillado, perseguido, incomprendido, calumniado, alegre, triste o inútil para todo, solo diré, a ejemplo de tu

Madre: "Hágase en mí según tu palabra " Robert Francis Kennedy.



N.B. "Bobby" Kennedy, católico practicante y coherente, nace en Brookline, 20 de noviembre 1925 y muere asesinado en Los Ángeles el 6 de junio de 1968. Era hermano de John F. Kennedy, Presidente de los Estados Unidos, y uno de sus consejeros de mayor confianza. Su contribución con el Movimiento Afro-Americano por los Derechos Civiles es considerada como su mayor legado.

Blog Mártires Oblatos: <http://martiresomimadrid.blogspot.com/>